

Sueños traicionados. África y sus independen- cias dependientes

Donato Ndongo-Bidyogo

Donato Ndongo (Guinea Ecuatorial, 1950) es escritor y periodista. Exiliado en España, fundó y dirigió el Centro de Estudios Africanos de la Universidad de Murcia (2000-2004). Entre 2005 y 2008 fue profesor visitante en la Universidad de Misuri-Columbia. En la actualidad dirige la revista digital Palabras. Es autor, entre otros, de *Historia y tragedia de Guinea Ecuatorial (1977)* y *España en Guinea (1998)*, así como de diversas novelas.

Como es sabido, en 2010 se ha conmemorado el medio siglo de las independencias africanas. Esta efeméride sólo es apropiada para 17 de los 54 Estados que componen ese continente, pues algunos países obtuvieron su soberanía antes de 1960, y la mayoría accedería al autogobierno formal después. Pero, siguiendo el convencionalismo acuñado, admitiremos que fue en 1960 cuando se produjo la eclosión soberanista, cuando el mundo vivió la emancipación política de un África hasta entonces humillada por tres siglos y medio de esclavitud transatlántica y transíndica –ésta última no suficientemente resaltada–, y casi otro siglo de colonización que, para los africanos, significó la esclavización en la propia tierra.

Es necesario contextualizar las circunstancias en que se produjo ese hecho histórico; dicho de otra manera, este aniversario es ocasión propicia para analizar las razones por las cuales nuestras independencias nacieron viciadas, lo cual nos permitiría comprender mejor la situación que seguimos padeciendo los africanos después de 50 años de supuesta libertad. Cuando, en mis escritos y conferencias, afirmo a menudo que nuestros países no son verdaderamente soberanos, o que esa soberanía está aún tutelada, no fundo esa opinión en una apreciación personal, subjetiva, sino en la serena y metódica observación e interpretación de los datos y de los hechos que acontecen. Algunos de esos hechos históricos favorecieron las corrientes que propugnaban el autogobierno, pero otros estaban y están claramente en contra de nuestras aspiraciones a la libertad y al desarrollo.

Acabo de afirmar que, para un africano, el colonialismo no fue sino nuestra esclavización dentro de nuestro propio suelo. Cuando oímos a muchos europeos cantar las supuestas «ventajas» del colonialismo, sólo podemos responderles que no se pueden comparar los puntos de vista del esclavo y del amo, no tienen una misma categoría las sensaciones del opresor y las del oprimido, las del vencido y las del vencedor. El punto de vista es importante, si no determinante, en las ciencias sociales; y más en la interpretación de la Historia, que cuenta cada uno según le fue. Por eso, la Historia no es, ni puede ser, objetiva, si no se tienen en cuenta todos los ángulos que explican un fenómeno determinado. Nos hemos acostumbrado a estudiar y analizar la historia de África desde el punto de vista de los europeos, es decir, de los beneficiarios del sistema colonial, y ya es hora de que también se escuche el punto de vista de los africanos, de los que fuimos y seguimos siendo víctimas del colonialismo y su secuela, el neocolonialismo que padecemos en la actualidad. Ningún africano fue nunca a ningún otro continente para sojuzgar a otros pueblos, ni hemos impuesto nunca a nadie nuestras formas de comer o vestir, de ver y vivir la vida, de relacionarnos con Dios; ningún afri-

cano ha obligado a nadie a ser como él. ¿Por qué debíamos estar satisfechos de que nuestras culturas se tuvieran como «costumbres salvajes», por qué debíamos estar contentos de que nuestras lenguas nunca merecieran la categoría de idiomas, reducidas por el racismo inherente al colonialismo a meros «dialectos groseros»? ¿Debíamos sufrir indefinidamente y en silencio las palizas, el desprecio, la negación de nuestra humanidad, ser una «raza inferior» destinada a la servidumbre? ¿Debíamos dar la razón a los que nos consideraban «incultos» y «salvajes»? ¿No teníamos derecho a gozar de los inmensos bienes que nos dio la Naturaleza, pues no hay ningún país pobre en África, y ver con resignación, e incluso con complacencia, cómo esos bienes nos eran arrebatados para construir otras sociedades, para el exclusivo goce y disfrute de nuestros explotadores? ¿Acaso debíamos agradecer los trabajos forzados, las jornadas de doce horas sin descanso y con salarios de hambre, ser los eternos peones en la estructura económica montada para excluirnos del goce y disfrute de nuestras propias riquezas? ¿Debemos asumir y encima agradecer tantas vejaciones, tantos insultos, tantas humillaciones de las que seguimos siendo objeto incluso hoy, y complacernos, sin protestar, en la miseria a la que desde hace cinco siglos estamos condenados los africanos?

Podríamos seguir así largo rato, desgranando los argumentos que impulsaron las ideas nacionalistas. Y quisiera decirles que la denuncia de nuestra situación, con datos objetivos en la mano, no está inspirada en ningún deseo de venganza; no somos revanchistas; sólo deseamos recuperar nuestra dignidad, que el resto de los seres humanos no nos miren con desprecio o conmiseración; tenemos nuestros propios valores culturales, muchos de los cuales pueden servir de ejemplo al resto de la Humanidad. Abogamos por un cambio de mentalidad, por un cambio de la percepción que tienen sobre los africanos las otras razas y culturas que componen el género humano. Y, cincuenta años después de nuestras independencias, deberíamos haber relegado al territorio de la Historia la colonización y sus iniquidades, para centrarnos en la construcción de nuestras naciones y afirmar nuestras señas de identidad, como se hace en otras latitudes; pues bien: si aún estamos enzarzados en estas discusiones, sólo es porque constatamos que apenas hemos avanzado, que nuestras vidas siguen guiadas por intereses ajenos a los nuestros, que la sombra del colonialismo aún gravita sobre nosotros. Y mientras no superemos ese trauma que nos sigue oprimiendo tanto el cuerpo como el espíritu, no parece razonable que nos exijan el olvido y el perdón, pues ni se nos ha permitido obtener la serenidad necesaria, ni nadie nos ha pedido nunca perdón.

Para que mis palabras no parezcan vacías y adquieran sentido, pondré un solo ejemplo sobre el significado y la realidad verdaderos del sistema colonial: en la Conferencia de Berlín, en la cual los europeos se repartieron África a su antojo en 1884-1885, el rey Leopoldo II de Bélgica –un pequeño país de 30.500 km²– se alzó con un enorme trofeo, el territorio que hoy es la República Democrática de Congo, de 2.344.885 km². En los veintitrés años siguientes, es decir, hasta la muerte de Leopoldo II en 1908, el llamado irónicamente «Estado Libre de Congo» fue sometido a una superexplotación sistemática de los recursos de moda entonces, marfil y caucho; el muy civilizado rey de los belgas instauró tal régimen de terror que eran frecuentes los asesinatos en masa, las mutilaciones y las palizas atroces, que costaron la vida a millones de congoleños; la situa-

ción fue tan horrenda y escandalosa que empezaron a escribir sobre ella periódicos europeos y norteamericanos de la época; no hay cifras concretas, pero los historiadores hablan de entre cinco y diez millones de muertos como consecuencia de la barbarie instaurada en nombre de la «civilización», en tan sólo veintitrés años, insisto. A quien le interese, le recomiendo la lectura de la célebre novela *El corazón de las tinieblas*, de Joseph Conrad, inspirada por aquellos hechos. También quiero recordar aquí que el día de la independencia de Congo, el 30 de junio de 1960, el primer ministro elegido democráticamente, Patrice Lumumba, recordó algunas de estas atrocidades ante el rey Balduino, nieto de Leopoldo II; Lumumba sólo quiso destacar ante los miles de compatriotas que seguían la ceremonia el significado de la independencia que se estaba proclamando, pero su sinceridad hirió a los belgas, y se desencadenaron los acontecimientos que le costarían la vida siete meses después, y que siguen gravitando aún hoy sobre ese desgraciado país, de nuevo envuelto en una guerra de depredación. Lo ocurrido en la República Democrática de Congo repercutiría después en prácticamente todo el continente, cuyas consecuencias seguimos padeciendo en cada una de las ex colonias francesas, inglesas, portuguesas o españolas. Podemos adelantar, pues, que África fue, y es, víctima de sus inmensas riquezas, imprescindibles para el mantenimiento de la industria y demás infraestructuras del mundo desarrollado. Lo que, dicho de otra manera, significa que el bienestar del que gozan los ciudadanos de otras latitudes del globo se asienta sobre el sufrimiento y la miseria de los pueblos africanos.

Estuvo, pues, perfectamente justificada la rebelión anticolonial. Quienes explican la historia de África desde una «objetividad» sesgada, tienden a ignorar o minimizar la resistencia africana contra la opresión colonial. Bástenos hoy decir que cada pueblo africano se opuso a la dominación extranjera a su modo, utilizando en cada momento la estrategia posible. Pero sólo tras la Segunda Guerra Mundial esas voces empezaron a ser oídas. Primero, porque los colonos europeos dejaron de parecer invencibles para los africanos, dado que Hitler había doblegado a los semidioses, y sus tropas ocupaban Francia y Bélgica y ponían en apuros a los altivos británicos; segundo, porque la participación de los africanos en esa guerra reveló que los blancos eran tan humanos como ellos mismos, porque podían oler mal si no se bañaban, tenían miedo ante el peligro, morían y se pudrían como todo bicho viviente; no eran, pues, invulnerables, ni seres de otra galaxia provistos de superpoderes. Y, por último, los vencedores de esa guerra proclamaron que la habían librado en nombre de la libertad frente al totalitarismo, lo cual parecía contradictorio con el totalitarismo ejercido por las potencias coloniales en sus respectivas zonas de colonización: si los africanos habían luchado y sacrificado sus vidas por la libertad de sus colonos, ¿no era normal que ellos exigieran, a su vez, gozar de esa misma libertad?

El colonialismo encontró su talón de Aquiles, sobre todo cuando, tras la firma de la Carta de San Francisco que creó la Organización de las Naciones Unidas, y la consiguiente Declaración Universal de los Derechos Humanos, ya no había ni un solo argumento para impedir que todas las naciones de la Tierra proclamaran su derecho a la autodeterminación. Todo ello sin olvidar la victoria de los pueblos del Sureste asiático, que humillaron a los franceses en Dien Bien Fu, en la primera Guerra de Indochina, o a los argelinos, que

demonstraron ser más fuertes que Francia. Las sucesivas independencias de India, Indonesia, Marruecos, Egipto o Sudán representaron otros tantos estímulos, símbolos prístinos que anunciaban una nueva era.

La efervescencia nacionalista, en los cuatro costados de África, asustó a las fuerzas pro-coloniales, y se aprestaron a resistir. El mundo estaba dividido en dos polos irreconciliables, el capitalista y el comunista. La tensión entre ambas corrientes ideológicas se trasladó a las periferias, y África pasó a ser de nuevo un continente en disputa. Ante el temor de que los nuevos países pudieran decantarse hacia el bando comunista –a pesar de que ninguno de los líderes africanos del momento se proclamara partidario de esa ideología–, el mundo occidental decidió impedirlo a cualquier precio, no permitiendo veleidades de ninguna clase; los gobernantes del llamado entonces «mundo libre» desconfiaban del discurso riguroso e innovador del padre del panafricanismo moderno, Kwame Nkrumah, que había llevado a Ghana a la independencia en 1957, así como del anticolonialismo consecuente de Sèkou Touré, quien, en 1958, espetó al presidente francés, el todopoderoso general Charles de Gaulle, una frase que después sería emblemática: «preferimos la miseria en la libertad a la opulencia en la esclavitud»; arrancaba así a su país, Guinea-Conakry, de la órbita francesa para proclamar la soberanía en 1958. Occidente desconfiaba de Lumumba, que había logrado formar el único partido de base nacional, el Movimiento Nacional Congolés, frente a partidos tribalistas como los de Joseph Kasa-Voubou y Moïse Tshombé, apoyados por Bélgica; Occidente desconfiaba de todo africano que no se comportara como un criado ante el amo, porque no podía permitirse perder las fabulosas riquezas de África. Y aquí pondré otro único ejemplo: el uranio utilizado para la fabricación de las bombas atómicas arrojadas contra las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki en agosto de 1945, que pusieron fin a la Segunda Guerra Mundial, provenía del entonces llamado «Congo belga»; y el uranio que permitió a Francia erigirse en potencia nuclear se extraía –y se sigue extrayendo– de países como Gabón o Níger.

De modo que, para poder controlar tales riquezas, con la excusa de que los nuevos países no cayesen en la órbita de los estados marxistas, las potencias coloniales, apoyadas por Estados Unidos, decidieron controlar el proceso soberanista. Los líderes más autonomistas fueron eliminados. Los casos más célebres son los de Lumumba y Nkrumah, pero hubo otros muchos, y no los enumeraremos todos: en Camerún, los franceses asesinaron en Ginebra a Félix Moumié, líder del partido independentista Unión de los Pueblos de Camerún (UPC), e impusieron al dictador Ahmadou Ahidjo, quien terminaría el trabajo de descabezar al nacionalismo democrático cuando mandó colgar en la plaza pública de Baffousam a su sucesor, Rubén Um Nyobé. En Gabón, los paracaidistas franceses repusieron en el poder a «su hombre», León Mba, quien había sido derrocado por el nacionalista Jean-Hilaire Obama, y, a la muerte de Mba en circunstancias aún no muy claras en 1967, impusieron a Albert Bernard Bongó –después se hizo llamar Omar–, quien murió en Barcelona hace algo más de un año, tras permanecer 42 años en el poder; ahora gobierna su hijo Alí-Ben Bongó. En la República Centroafricana, los franceses derrocaron en 1966 al nacionalista David Dacko, para poner en su lugar a Jean-Bedel Bokassa, que terminaría autocoronándose «emperador», emulando a Napo-

león, protagonista de uno de los regímenes más esperpénticos y crueles de África. En Senegal, impusieron al poeta afrancesado Léopold Sédar Senghor como presidente, quien –aunque de manera más sibilina que otros– se encargó de mantener a raya a los nacionalistas de su país, como su antiguo primer ministro Mamadou Dia, muerto en prisión. En Benín, los franceses establecieron un verdadero baile de presidentes, pues apenas duraban unos pocos años en el poder; en este medio siglo, ha tenido 15 presidentes de todos los colores políticos, desde Hubert Maga y Christopher Soglo, hasta que en 1991 se restableció la democracia. En Togo, el presidente progresista Sylvanus Olimpio fue derrocado por órdenes de Francia, y el «hombre fuerte» pasó a ser el general Étienne Eyadema –quien también «africanizaría» su nombre, pasándose a llamar Gnassingbé Eyadema–, muerto en 2005 después de 38 años de dictadura cruel; ahora gobierna su hijo Faure Gnassingbé. En Costa de Marfil se aseguró la silla presidencial a Félix Houphouët-Boigny hasta su muerte en 1993, y desde entonces el país ha entrado en una fase de inestabilidad provocada precisamente por Francia, que no se ha resignado a que una de las joyas de su imperio colonial pasase a manos de un presidente como Laurent Gbagbo, que intenta llevar a cabo una política que satisfaga los intereses de sus compatriotas en lugar de los de Francia. En Congo-Brazzaville, la inestabilidad fue crónica debido a la debilidad de los presidentes impuestos por la antigua metrópoli, hasta que un militar de izquierdas, Marien Ngouaby, asumió el poder; derrocado y asesinado en 1977 por Denis Sassou-Nguesso, éste fue obligado a restablecer la democracia en 1991, y se celebraron elecciones limpias, ganadas por el profesor Pascal Lissouba en 1992; pero Lissouba encontró las arcas vacías en un país cuya producción de petróleo monopolizaba la empresa francesa Elf-Aquitaine; cuando intentó liberalizar la economía, convocando a otras empresas, la Elf montó un golpe de Estado que degeneró en guerra civil, guerra que costó al menos 20.000 muertos sólo en la capital, y repuso en el poder al antiguo dictador Sassou-Nguesso, que desde 1997 sigue siendo presidente.

El entramado de complicidades, corrupción, clientelismo político y dictaduras es la característica de los gobiernos africanos, eso que se llama la *françafrique*, y que, a nivel del continente entero, conocemos como «neocolonialismo». Ese neocolonialismo se encargó de situar en el poder a los africanos antipatrióticos que «colaborasen» con las antiguas potencias coloniales para «mantener a raya» a sus compatriotas con el fin de seguir asegurando a los verdaderos detentadores del poder la explotación de nuestros recursos. He puesto sólo los ejemplos más palmarios. Porque podríamos hablar de Burkina Faso, donde, tras años de inestabilidad, asumió el poder por aclamación popular el capitán Thomas Sankara en 1983, y fue asesinado cuatro años después por orden directa del presidente francés, el socialista François Mitterrand, porque Sankara era joven, estaba haciendo una política que favorecía más los intereses de su nación y de sus gentes que a los del neocolonialismo, y, además, se estaba convirtiendo en símbolo para la juventud de todo el continente, y por eso era más peligroso; ahora gobierna el país su asesino, Blaise Compaoré, con la complacencia de los franceses. Podríamos hablar de Malí, país inestable hasta el golpe de Estado del coronel Ahmed Toumani Touré contra el veterano dictador Moussa Traoré en 1991, quien a su vez había apartado del poder

al progresista Modibo Keita; en Malí funciona desde entonces un régimen democrático, a pesar de las presiones internas y externas; lo cual demuestra que, con voluntad y firmeza, otra África es posible. Podríamos hablar de Níger, el país más pobre del mundo según los Índices de Desarrollo Humano de Naciones Unidas, pero que es el segundo productor mundial de uranio, controlado por los franceses, y que sufre de modo especial dictaduras y golpes de Estado. Podríamos hablar de Guinea Ecuatorial, donde la tiranía también es hereditaria, esta vez de tíos a sobrinos, y, si Dios no lo remedia, también de padre a hijo; desde que se descubrieran allí ingentes cantidades de petróleo y gas –el tercer productor de crudo del África subsahariana, tras Nigeria y Angola–, el régimen de Teodoro Obiang, caracterizado por la persistente violación de los derechos humanos y el robo de los recursos del país, está siendo santificado por todos, principalmente por los beneficiarios de esa riqueza, Estados Unidos, Francia y España. Podríamos hablar de Nigeria, que exporta 2.500.000 barriles diarios de petróleo, además de otros productos mineros y agropecuarios, pero que en los últimos 50 años ha vivido más dictaduras que períodos de libertad, cuya inestabilidad crónica se traduce en innumerables golpes militares desde que el general Ironsi derrocara al nacionalista Abubakar Tafawa Balewa a los seis años de la independencia, y que, por instigación de las petroleras, sufrió una cruenta guerra civil que produjo más de un millón de muertos. Podríamos hablar de Uganda, donde el neocolonialismo impuso al esperpéntico Idi Amin como presidente, derrocando al nacionalista Milton Obote; podríamos hablar de Kenia, donde, para evitar que sucediese al ya anciano Yomo Keniatta, no se dudó en asesinar al sindicalista Odinga Odinga...

Podríamos hablar de cada uno de los 54 Estados que forman nuestro continente, pero la conclusión sería siempre la misma: en cuanto un africano honesto intenta destacar, le asesinan, o le echan del poder, o lo silencian de un modo u otro. El objetivo es también el mismo: que los africanos permanezcamos en la miseria, para no perturbar el flujo de nuestras riquezas hacia Occidente, para que permanezca prácticamente intacta la estructura neocolonial. Para nosotros es muy claro: mientras se nos condena al hambre, a la indigencia, a las enfermedades curables que en África siguen matando; mientras se nos condena a la ignorancia, a la opresión, a la emigración, a padecer la increíble crueldad de nuestros dirigentes, sólo podemos ocupar nuestro tiempo en tratar de sobrevivir, en lugar de emplearlo en pensar, en reaccionar. Porque la miseria es uno de los más eficaces instrumentos de dominación.

El sistema neocolonial que nos han impuesto en este medio siglo de supuestas independencias conoce bien las contradicciones humanas, al igual que en la época de la esclavitud. Por ello no echamos la culpa sólo a los europeos y norteamericanos, artífices y beneficiarios de la situación descrita. Los propios africanos debemos asumir nuestra responsabilidad, exigir a nuestros dirigentes comportamientos honestos que contribuyan a mitigar las grandes carencias que nos azotan. Sabemos bien que no son sino los herederos de los gobernadores coloniales, los capataces de las fincas que, para la estructura neocolonial, son nuestras naciones; pero así como generaciones anteriores lucharon contra la esclavitud, y nuestros padres se sacrificaron para lograr la soberanía formal, a nuestra generación corresponde conseguir la libertad y el desarrollo que den contenido a las

independencias, librándonos de la tutela neocolonial y estableciendo regímenes de libertad, en los que los políticos trabajen por el interés de sus conciudadanos. Sobre todo en África, la política sólo se justifica como servicio público, pues la primera –y diría única– función del político debería ser atender y resolver las necesidades de la gente. Pero en estos 50 años hemos visto de todo: políticos muy pobres que a los pocos años se sitúan entre los más ricos del mundo; mansiones de ensueño junto a chabolas indignas de seres humanos; palacetes con váteres y grifos de oro y suelos de mármol de Carrara al lado de barrios misérrimos; cuentas fabulosas de presidentes y ministros de países que viven de la ayuda externa y de la cooperación internacional; señoras de las poderosas oligarquías que viajan a menudo a París sólo para hacerse la manicura y comprar los trapitos de moda que lucen en medio de cadáveres de mujeres parturientas y niños famélicos; dirigentes que suplican la condonación de la deuda exterior de su país cuando ellos podrían pagarla de su bolsillo con los fondos escondidos en los paraísos fiscales y en los bancos de Francia, Suiza, España o Estados Unidos...

Estos son algunos de los resultados prácticos de medio siglo de falsas independencias, de independencias sin soberanía, cuando esas independencias no se exigieron para colgar una bandera en la ONU, o para que algunos engordasen sus panzas a costa del dinero de todos; las independencias fueron exigidas para que construyésemos nuestros Estados, y esos Estados cumpliesen su función: proteger a las personas, educarlas, sanarlas, realizar infraestructuras que supusieran una vida digna y dignificada para todos los africanos. Es decir, para conseguir aquello que no obtuvimos bajo el colonialismo: libertad y desarrollo. Medio siglo después, constatamos con dolor, con cólera también, que esas independencias no nos trajeron ni libertad ni prosperidad.

Ante este panorama, los racistas de toda laya concluyen que la manera de solucionar los problemas de África es una nueva colonización; arguyen que los africanos somos incapaces de autogobernarnos, que somos tribalistas, incultos, ignorantes... y sacan toda la artillería teórica de los tiempos álgidos de la oprobiosa dominación colonial, si bien convenientemente edulcorada con un lenguaje «políticamente correcto». Algunos analistas, africanos y no africanos, hablan de «Estados fallidos» y otros eufemismos que no denotan sino la frustración que nos embarga ante realidades pavorosas como la nuestra. Ante estas posturas, decimos que África aún no lo ha experimentado todo. Es cierto que, en estos últimos 50 años –que se reducen a veinte, o menos, según dónde– se han dado regímenes de derechas y de izquierdas, con un resultado similar: la deshumanización y banalización de la vida humana se produjo bajo los mandatos de Mobutu Sese Seko en Zaire, Omar Bongo en Gabón, Eyadema en Togo, Idi Amín en Uganda, Bokassa en Centroáfrica o Hisène Habré en Chad, todos ellos apoyados por Occidente; pero también en la Guinea-Conakry de Sékou Touré, en la Etiopía de Mengistu Haile Mariam o en la Guinea Ecuatorial de Francisco Macías, regímenes que gozaron del apoyo de países socialistas como la Unión Soviética, China, Cuba... Todo eso ha ocurrido en nuestros países, pero aún no ha arraigado en nuestras sociedades la cultura de la libertad, de la tolerancia, de la mesura en la administración del Estado y de los bienes públicos; son pocos los países africanos que hacen esfuerzos en esa dirección y, en cualquier caso, es tan reciente su andadura que se trata todavía de experimentos aislados. Los africanos

conocemos nuestros problemas, pensamos en ellos, tenemos las soluciones, pero seguimos sin ser dueños de nuestros destinos.

Por todo eso, tenemos el deber de no limitarnos a lamer nuestras heridas mientras nos dejamos abatir por el miedo y las dificultades; debemos convertir la frustración presente en motor que impulse nuestros anhelos de regeneración; nuestra primera tarea, hoy, es denunciar las distorsiones –y a los personajes que provocan esas distorsiones– que impiden que nuestras vidas transcurran algo menos traumatizadas; no podemos dejar a nadie más la tarea de llamar la atención sobre cuanto ocurre, primer escalón para provocar el cambio. Estamos obligados a decirle al mundo que no somos pobres, que no se nos engañe ni a nosotros ni a la opinión pública mundial; que la solución de nuestros agudos problemas no está ni en la caridad ni en el asistencialismo, sino en devolvernos la soberanía efectiva, que los africanos honestos lleven las riendas de nuestro destino; también decir que ningún africano come diamantes ni bebe petróleo; son productos comerciales, objetos de intercambio; y ese intercambio debe ser lo más justo posible, para que los beneficios sirvan para organizar nuestras sociedades de acuerdo con las exigencias y necesidades del siglo en que vivimos. Tenemos la obligación de pedir a los demás pueblos, más que solidaridad, complicidad. Dar un euro a una ONG para que resuelva los problemas de los niños de Chad no es suficiente, ni siquiera lo adecuado; lo que necesitamos es que se pregunten ustedes por qué los niños de Chad necesitan su euro, cuando ese país produce petróleo y otras riquezas; adónde va el dinero que el gobierno de Chad recibe de la venta de sus materias primas, por qué su propio gobierno –sea el de Madrid o el de la Generalitat– no les informa sobre la verdadera situación de Chad, por qué callan sus medios de comunicación ante las atrocidades que allá se cometen, por qué son cómplices de la crueldad ejercida sobre sus habitantes y del latrocinio perpetuo que condenan a todo un pueblo a la inanición, o a sobrevivir de la caridad. Eso es mucho más importante para nosotros.

Los datos que acabo de desgranar no son inventos míos. Esas informaciones salen continuamente en los medios de comunicación internacionales, salvo en España; he trabajado en medios de comunicación españoles, y puedo asegurar que la tendencia es no informar de las cuestiones africanas, porque, según los responsables de esos medios, «África no vende», «África no interesa». Mediante esas simplezas se les hurta a ustedes toda esta información. También existen numerosos libros publicados en el Reino Unido, Estados Unidos y Francia, donde se encuentran los pormenores de algunas de estas realidades. Alguno, pocos, está traducido al castellano. Les recomiendo que lean *El asesinato de Lumumba*, cuyo autor es el sociólogo belga Ludo De Witte, en el cual encontrarán todos los detalles, escandalosos y escalofriantes, de la conspiración montada por Bélgica y Estados Unidos –con la complicidad de la ONU– para eliminar a Patrice Lumumba; existe otro libro, mucho más antiguo, *La contrarrevolución en África*, donde el también sociólogo suizo Jean Ziegler explica, con nombres y apellidos, no sólo la crisis congoleña de 1960, sino el entramado de complicidades e intereses económicos y políticos en los principales países del África austral. De manera que la inestabilidad africana tiene su origen en esa pugna de intereses, y no en la supuesta «incapacidad de los negros para organizarse y vivir en sociedad», como se lee aún en algún periódico espa-

ñol. En África no existen *guerras tribales*, sino conflictos provocados y mantenidos por las empresas que se benefician de nuestras materias primas, que arman a unos negros contra otros para que peleen entre sí. Cuando empecé a escribir estas cosas en 1995 y 1996, a mi regreso a España tras diez años en África, varios de ellos como Delegado de la Agencia EFE, nadie me creía, e incluso algún profesor de una importante Universidad catalana me acusó poco menos que de racista; ahora, tras la petición de perdón de la Asamblea Nacional Francesa al pueblo de Ruanda y la reciente visita del presidente Sarkozy a Kigali, ya no queda duda de la implicación francesa en los acontecimientos que generarían el odio étnico en África central en 1994; tras la publicación de numerosos documentos por Naciones Unidas y otras medidas adoptadas por las mismas empresas, ¿quién me discute hoy que las guerras de Sierra Leona, Liberia y Angola fueron provocadas y mantenidas por los intereses de las empresas explotadoras de diamantes? Incluso han hecho dos películas sobre ello: *Hotel Ruanda* y *Diamantes de sangre*, que recomendé a mis alumnos de la Universidad de Missouri-Columbia, para que conocieran siquiera algún retazo de los sufrimientos de los africanos para que otros regalen cadenas de oro y anillos de diamantes a sus seres queridos el día de San Valentín.

De igual modo, el subdesarrollo de África es consecuencia de esa trama de intereses, pues se puso y se mantiene en el poder a dictaduras crueles, cleptocráticas e incluso extravagantes, con la misión de mantener a los pueblos africanos en la opresión más brutal y en la miseria más abyecta, con tal de que cumpliesen las dos misiones encomendadas: impedir la expansión del comunismo y asegurar la explotación de nuestras materias primas al precio más bajo posible, para asegurar los intereses de los países de Occidente, su industria, y el progreso y bienestar de sus ciudadanos; en definitiva, los africanos sufrimos a diario una doble explotación: al expolio de nuestras riquezas se añaden los salarios de hambre, que no permiten a un padre de familia alimentar, vestir, sanar o educar adecuadamente a sus hijos.

Tengamos en cuenta que, cuando se habla de África, el término «comunismo» no se refiere exclusivamente a las ideologías marxistas: para los intereses de las petroleras, de los explotadores del uranio, del oro, de la plata, de los diamantes, del manganeso, del cobre, el coltán, las maderas, la pesca y tantos y tantos recursos que poseen los países africanos, la más mínima crítica se considera sediciosa, la política liberal más ortodoxa –como vimos en el caso de la petrolera Elf en Congo-Brazzaville– se considera «extremista». En África, un demócrata cristiano que defienda la doctrina social de la Iglesia es un subversivo, un peligroso terrorista. En África, un negro no puede defender a su país, ni los intereses de su país. En África, un negro, por muy presidente que sea, debe someterse a los extranjeros hasta en los más mínimos detalles, si ama su vida y quiere llegar al poder o continuar en el poder. En África no existe el libre comercio, pues las antiguas potencias colonizadoras siguen practicando el proteccionismo más excluyente, de manera que sin el consentimiento de París, un empresario español no puede establecerse en Libreville. No es un ejemplo al azar; fui testigo de ello cuando residí en Gabón como Delegado de la Agencia EFE. De modo que son las antiguas metrópolis las que siguen dictando la política africana y controlando nuestras economías. No tienen más que ver nuestras monedas: todas las ex colonias francesas –a las que se han añadido otras como Guinea Ecuatorial– tienen

como moneda el *franco cfa*, garantizado por el Banco de Francia. Eso significa dos cosas fundamentales: que las reservas de oro y divisas de cada país se depositan en París, y que es el gobierno francés el que autoriza la compra de los suministros y determina la política monetaria y financiera. Si a eso añadimos el control económico, pues esos países no son sino zonas de expansión de la economía francesa, y la influencia política, al ser todos miembros de la estructura de la Francofonía, díganme dónde quedó la supuesta soberanía de nuestras naciones.

Lo mismo que Francia, pasa con el Reino Unido: al igual que los presidentes africanos se reúnen cada año en torno al presidente de Francia para recibir las órdenes e instrucciones necesarias –escenificando así una reunión del «emperador» con sus «sátrapas»–, así se reúnen las cumbres de la Commonwealth, en las que los ingleses dictan a los africanos cuanto deben hacer. A esas dos clásicas reuniones se han sumado otras: la creciente influencia de la República Popular China, verdadero competidor de Europa por los mercados africanos, ha institucionalizado las reuniones al más alto nivel entre chinos y africanos; Rusia tampoco se queda al margen: en junio pasado tuvo lugar en Moscú la primera reunión entre los dirigentes de África y de Rusia, para escenificar y oficializar el redoblado interés de los rusos por África, que parecía desaparecido tras el hundimiento de la Unión Soviética. ¿Y qué decir de Estados Unidos? Simplemente, que en los últimos años está creciendo el interés de esa superpotencia por nuestro continente, hasta el punto de crear, hace cinco años, un comando especial encargado de vigilar el Atlántico sur, o lo que es lo mismo, la costa occidental africana, de vital importancia para Washington, dado que es una ruta petrolífera más corta y segura que la del convulso golfo pérsico, y las cuantiosas inversiones norteamericanas, sobre todo en el golfo de Guinea, deben ser protegidas. El ex presidente brasileño Lula Da Silva ya inició la penetración de su país en África, y no tuvo ningún empacho en abrazar cordialmente a Teodoro Obiang, uno de los depredadores más conspicuos de las libertades y conocido ladrón de su pueblo, como aseguran numerosos informes de ONGs y organismos internacionales, e incluso el Senado de Estados Unidos. Otros países, como India o Malasia, también han entrado en la competición, a ver quién depreda antes y mejor los ingentes recursos africanos. De manera que África, en el cincuentenario de su teórico acceso a la soberanía, está siendo objeto más que nunca de las apetencias de todos, y esa guerra solapada –desconocida en España– está teniendo consecuencias en nuestras vidas.

Algunos optimistas aseguran que pronto cambiará la faz de África, pues casi todos los países africanos están experimentando un crecimiento económico considerable. Al margen el hecho de que la crisis económica internacional ha conllevado la disminución de las inversiones en África, me niego a creer tal falacia; es cierto que el PIB de algunos países es espectacular, con un crecimiento superior al 30 por 100 en algún caso, pero quiero recordar que no son lo mismo crecimiento y desarrollo. Se ha visto en Gabón, en Angola, en Chad, en Guinea Ecuatorial y en otros países, donde la abundancia de materias primas, en lugar de llevar el bienestar a las poblaciones, ha fomentado el egoísmo que ha llevado a un espectacular crecimiento de los niveles de corrupción, ahondando aún más la brecha entre una exigua plutocracia acaudalada y la inmensa mayoría de la población que vive en la más espantosa miseria. Hay que tener en cuenta, además, que

ningún país africano está cumpliendo los objetivos del Milenio, y en muchos aumenta la pobreza y baja la esperanza de vida. Y esa doble combinación de miseria y dictaduras es la que genera problemas como el de la emigración masiva de los jóvenes africanos que escapan de sus países para buscar un poco de libertad y de prosperidad.

A pesar de todas estas realidades, no soy pesimista. En primer lugar, porque, en cualquier caso, las independencias se han consolidado y parecen irreversibles. En segundo lugar, tengo una fe inmensa en nosotros, los africanos. Creo en la inmensa capacidad de los africanos para superar los desafíos y las calamidades de nuestra existencia. Si no fuese por ello, los negros habríamos casi desaparecido de la faz de la Tierra; si no fuera por nuestra fortaleza espiritual y nuestra fe en nosotros mismos, ningún negro habría sobrevivido a la esclavitud; si no fuese por nuestra capacidad de resistencia, el colonialismo nos habría aplastado, como sucedió en otras latitudes. Más de la mitad de los 1.000 millones de africanos son jóvenes, que sobreviven en medio de las dificultades, pero conservan la esperanza de que el futuro será distinto. Tenemos fe en nuestras creencias ancestrales, tenemos la fortaleza moral que nos permite vencer las adversidades, y nuestras culturas nos transmiten unos valores positivos en los que basamos nuestro combate cotidiano contra nuestros opresores, sean compatriotas o extranjeros, y eso nos permite seguir hacia delante. Sabemos que, al igual que ocurriese con la esclavitud y el colonialismo, también saldremos victoriosos del neocolonialismo y sus secuelas. Pero estamos en un mundo tan interdependiente que no podemos llevar a cabo esta lucha solos. La esclavitud fue abolida cuando se conjuntaron los deseos y las acciones de los esclavos y los libertos, con la acción y los deseos de las personas de buena voluntad del resto del mundo; lo mismo que el colonialismo directo terminó cuando a las voces de protesta de los africanos, se unieron las voces de protesta de otros millones de personas de otros mundos. Y para superar la actual etapa, necesitamos de la complicidad –más que de la mera solidaridad– de europeos y norteamericanos, de la gente de bien que existe en el mundo entero. No olvidamos los motivos y condicionamientos económicos que contribuyeron a poner fin a la esclavitud, ni las causas políticas que coadyuvaron a terminar con el colonialismo; esas causas existen, pero, antes que a la economía, antes que a la coyuntura internacional, apelamos al sentido moral de todos nuestros congéneres de este planeta común, pues, aunque pueda parecer lo contrario, la utopía no ha muerto; el ser humano necesita soñar, proyectar objetivos, vencer cuantas dificultades se presenten para conseguirlos. Si actuamos todos en una misma dirección, al final las generaciones venideras disfrutarán de esa libertad y de ese desarrollo del que hoy carecemos.

Para terminar, permítanme una breve reflexión sobre mi país, Guinea Ecuatorial. El pasado 12 de octubre, fue el aniversario de nuestra independencia, obtenida de España hace 42 años. No insistiré sobre lo dicho, por otra parte conocido por todos: esa supuesta independencia no nos trajo ni libertad ni desarrollo. Guinea es un país que ha sufrido la dominación de propios y extraños desde que en 1778 pusieran allí su pie los primeros expedicionarios españoles: son ya 232 años de miseria material y espiritual. A pesar de lo cual, aunque ahora nos parezca imposible, un día u otro caerá esa tiranía, recuperaremos nuestra libertad y viviremos con la dignidad que nos corresponde gracias a los

ingentes recursos que posee nuestro país. Quisiéramos enterrar el hacha de la guerra anticolonial para centrar nuestro trabajo en lograr progreso y felicidad; no deseamos estar a mal con nadie, y menos con pueblos y países con los que nos unen tantos lazos, y donde muchos de nosotros pasamos hoy los sinsabores del exilio. Pero cuando llegue el ocaso de los terroristas de Estado que son Teodoro Obiang y su camarilla, los guineanos recordaremos a quienes nos consolaron e intentaron hacer nuestra vida más llevadera, pero también a quienes nos amargaron la existencia y pusieron trabas en nuestro duro camino hacia la libertad.

Que los gobernantes españoles –no importa de qué signo político– recuerden que Guinea no es sólo Obiang y su gente: los que hoy sufrimos opresión y miseria también somos Guinea, también somos Guinea los que hoy nos oponemos a la dictadura y sufrimos por ello. Es en los momentos difíciles cuando se sabe quién es amigo y quién no, y cuando nuestro pueblo se libere de esta prolongada era de dolor y angustia, sabrá apreciar a los amigos de los tiempos difíciles; pero también recordará a los cómplices de la tiranía, y, como dice un buen amigo mío, español, entonces se les romperá el cuello de tanto que miraron hacia otra parte. ■

Acto político en
Guinea Ecuatorial, tras
la independencia de
España (Getty).

